

ELLA

Charles Red



Image not found.

Capítulo 1

CAPÍTULO I

Esa noche, Robert fue capaz de conciliar el sueño sin demasiadas dificultades, algo que no conseguía desde hacía ya algún tiempo. Aunque la misma escena le había asaltado día tras día durante las últimas semanas, esta vez era distinto. Había vuelto a soñar con ella, pero, a diferencia de las demás ocasiones, en la presente podía recordarlo con nitidez.

Dicho sueño le perturbaba, pues aquella desconocida se colaba en su mente sin dejar más recuerdo que una imagen borrosa y un sentimiento de anhelo.

Al despertar, permaneció tumbado en la cama durante un espacio de tiempo que le pareció un suspiro, con la mirada perdida en alguna parte del techo de madera rústica tallada a mano que le parecía hablar cada noche, con crujidos propios de la casa centenaria heredada de sus acaudalados y respetados antepasados.

Multitud de interrogantes le asaltaban sobre aquella joven, preguntas sin respuestas que le sumían en una intriga e inquietud que le hacían llegar a cada crepúsculo con la ansiedad de saber si alguna de ellas sería resuelta en el siguiente capítulo de sueño.

De manera repentina se dejó resbalar por las sábanas de seda para levantarse y coger la pluma que su abuelo, conocido aristócrata del Condado de Kerry, le regaló al cumplir 18 años. Robert sintió la necesidad de plasmar negro sobre blanco lo que su invitada nocturna le había hecho vivir unas horas antes:

"Ante mí, como si de un sueño se tratase, apareció un barco. Era una nave magnífica, de dimensiones colosales y abrumadora belleza. Presentaba una estilizada línea de proa a popa, madera noble, con tonalidades azules y blancas en armónica combinación. Tanto en la parte trasera como delantera lucía una frase en letras doradas que rezaba: "hacia un mundo mejor".

De dicha maravilla descendió una silueta. Era un hombre de pelo cano que adornaba su testa con una gorra azul marino con un ancla bordada. Diría que era el capitán. Se acercó a mí, y poniendo la mano sobre mi hombro espetó: "te invito a disfrutar del viaje más bello que tu mente pueda llegar a imaginar jamás, no te arrepentirás...". Algo me empujó a seguir la

invitación de aquella amable persona sin vacilar un segundo.

Me hizo un gesto con la cabeza indicándome que le acompañara por la pasarela por la que, hacía escasos minutos, él mismo había bajado. Así obré, y ascendí hasta adentrarme en las entrañas de aquel gigante. Cuando llegué al interior, me llamó la atención el hecho de que yo era el único pasajero que emprendía aquel ilusionante viaje.

No medió ni una sola palabra entre el capitán y yo en nuestro recorrido por los angostos pasillos del navío. Finalmente, llegamos a una sala muy luminosa, se trataba de la cabina de mando. El centro de dicha habitación estaba presidido por un timón de gran envergadura, frente al cual se situaba un sillón dispuesto estratégicamente para guiar la embarcación. Mi acompañante tomó asiento y dijo: "aquí empieza todo, pronto llegaremos". Entonces, la nave comenzó a moverse lentamente adentrándose en el profundo océano.

Me acerqué hasta los cristales a través de los cuales se vislumbraba la inmensidad del mar. Me sentía pequeño en tal enormidad. Era un día claro, con un azul celeste de abrumadora hermosura. El agua estaba límpida y las gaviotas, con su sonido característico, parecían desearme buena suerte.

Avanzamos por aquella enorme masa de agua. Perdí la noción del tiempo. Pero de pronto se dejó ver en el horizonte lo que parecía una isla. El capitán exclamó: "¡ahí está!".

A medida que nos aproximábamos podía apreciar con mayor precisión el lugar de nuestro destino. Era una isla de mediana dimensión, plagada de majestuosos árboles que teñían de verde la práctica totalidad de su superficie.

Por fin atracamos, volvió a extenderse la pasarela, y el conductor dijo: "debes continuar tu solo". Seguí sus instrucciones. Bajé y llegué hasta una playa de arena blanca y fina, preciosa. En aquel momento, una especie de instinto hizo que me adentrara entre las malezas de la isla. La frondosidad dificultaba mi camino.

Tras horas de tortuoso sendero vi algo que me dejó sin respiración, asombrado, paralizado. Frente a mí se mostraba una manta de flores de incomparable delicadeza, era como estar en el paraíso. La calma de aquel lugar me embargaba. Su olor...eucalipto fresco. Sin duda estaba en el edén. Y justo entre toda esa grandeza estaba lo que ni con palabras ni gestos se puede llegar a describir. Algo de tal gracia y lindeza que no existen calificativos para explicar. Era ella, la misma muchacha que me visitaba cada noche. Era la primera vez que veía su rostro con claridad. Su cuerpo estaba cubierto con un vestido blanco y el pelo suelto, bella de toda belleza, única, incomparable, inigualable. Fue allí donde comprendí

que había llegado a mi destino y fue allí donde la frase del barco y las palabras del capitán cobraron su mayor sentido. Hacia un mundo mejor...

Traté de hablar aquel ángel, pero como si de un imposible se tratase no respondía, sólo me miraba inmóvil. Se que es de locos, pero no paro de preguntarme si habrá una siguiente ocasión. Estoy deseoso de caer rendido de nuevo..."

CAPÍTULO II

-¡Robert!

Una voz surgida desde la puerta de la habitación sacó al joven de su profunda concentración.

-¿Qué haces ahí ensimismado como un pasmarote?. ¿Acaso no recuerdas el día que es hoy?. ¡Por Dios!, ¿cómo es posible que siempre tenga que estar pendiente de ti?.

Aquella reprimenda, increpada enérgicamente, procedía de la pequeña Linda, la única hermana de Robert. A pesar de ser 11 años menor que él (13 primaveras son las que habían acontecido desde su primer amanecer), Linda se caracterizaba por un impetuoso e indomable carácter, más acentuado aún que el que se acostumbra a tener con tan corta experiencia vital. Esa vehemencia provocaba que se metiese en constantes problemas, algo a lo que Robert ya estaba acostumbrado, pero que le hacía sufrir más de un quebradero de cabeza. Él achacaba tal condición al tortuoso sufrimiento que supuso la terrible pérdida de su progenitora un lustro atrás, y a la constante ausencia de un padre, demasiado ocupado en el negocio familiar. Desde el referido fallecimiento, la ayuda inestimable del servicio de personal, entre el que se encontraba la entrañable Anna, se antojó como cimiento fundamental para sostener el pilar de una existencia más llevadera, especialmente la de Linda, la cual tuvo que acostumbrarse a vivir sin el amor de una madre, y con la apenas presencia de un padre casi exclusivamente dedicado a lo que para ella eran asuntos triviales. A pesar de todas las trabas del destino, Robert y Linda se profesaban un amor infinito e incondicional.

-Sí, pitaya. Sé perfectamente qué día es, ¿cómo olvidarlo?, ipero aún faltan 4 horas!. Hay tiempo de sobra.

-¡No!. De hecho es muy tarde. ¡Todavía me tienes que ayudar a escoger el vestido que me pondré y muchas otras cosas más!

-¡Tranquilízate!—exclamaba Robert entre carcajadas—tu inquietud no hará otra cosa que ansiarte más si cabe.

Linda, haciendo gala de su temperamento, se dio acto seguido la vuelta visiblemente enojada y se marchó murmurando improperios entre dientes.

A su hermano mayor le divertía ver el grado de indignación que su pequeña pitaya, como cariñosamente le gustaba llamar, podía alcanzar. La pitaya es una fruta muy peculiar principalmente cultivada en Centroamérica, de las más caras del mercado, que se caracteriza por tener un curioso aspecto, contando con una corteza de grandes espinas y un jugoso interior de dulce sabor. Robert siempre le decía que era exactamente igual que la mencionada fruta, fiera por fuera pero afable y tierna por dentro, cosa que a ella le enervaba todavía más. El rojizo color que las mejillas de Linda tomaban en esos momentos delataban lo que acontecía en su fuero interno.

Por aquel entonces, corría el año 1950 e Irlanda había sido declarada hacía escasos meses República independiente.

La casa en la que ambos hermanos vivían, junto con Anna, el resto de personal y su falto padre se situaba muy próxima a los imponentes acantilados de Moher, en el Condado de Clare, famoso por sus majestuosos castillos y su historia celta. Dicha mansión había sido tradicionalmente transmitida de antepasado en antepasado de manera hereditaria, hasta llegar a Patrick, el ascendiente de Robert y Linda. Era una construcción de dimensiones colosales, capaz de albergar numerosos inquilinos. Disponía de un inmenso jardín que la rodeaba en exquisita armonía, el cual estaba poblado por una variada vegetación, entre la que predominaban hayas, robles, fresnos y avellanos, regados casi permanentemente por las lluvias que mojan de forma habitual la tierra gaélica. Tal terreno gozaba de un pequeño lago habitado por aves nómadas de diversas especies. Todo ese vergel estaba cercado por una valla de más de dos metros de altura. Tal era la enormidad de la superficie que, a pesar de que la barrera dejaba ver qué había más allá de ella, era imposible advertir la presencia de morada alguna en su interior. Una vez se traspasaba la entrada principal de la verja, un camino convenientemente adoquinado conducía hasta el umbral de la solemne residencia, custodiado por un par de estatuas de figuras femeninas impenitentes al paso del tiempo. En lo que al interior se refiere, dos plantas son las que organizaban las distintas estancias. Al abrir la puerta maciza de roble, un vasto hall recibía a los ocupantes y visitantes, desembocando en el exorbitante salón principal cubierto de mármol y filigranas de materiales nobles.

La familia de Robert y Linda era de orígenes aristocráticos y típicamente había tenido cierta influencia política y económica en el país anglosajón. Avanzada la baja edad media y algunas décadas posteriores, monarcas británicos fueron creando nobles en Irlanda y otras regiones en virtud de, valga la redundancia, el otorgamiento de títulos nobiliarios. Uno de ellos,

el de Conde de Kerry y de Shelburne, fue concedido en 1722 a Eóghan Sheehan, lejano predecesor de los dos hermanos.

El mencionado nombramiento, que se iría legando de padres a hijos hasta parar en Robert, propició a la estirpe Sheehan una serie de privilegios que les haría gozar de condiciones de vida ventajosas en los años posteriores. Dicha prerrogativa fue aprovechada por Seafraid, bisabuelo de los dos jóvenes, para constituir 70 años antes el negocio familiar al que Patrick tanto empeño y tiempo dedicaba. Se trataba de una compañía de licores que pronto, y gracias a la condición que a Seafraid le ocasionaba su posición social, se expandiría por la región, granjeando cuantiosos beneficios y alcanzando una gran fama. Desde un primer momento, el producto que mayor furor causó fue un licor de crema formado por la combinación de whisky irlandés y otros ingredientes, que le daba un sabor y aroma dulce y suave. La ingesta del elixir se tomó como bebida de la alta sociedad, asociándose a momentos festivos y de celebración. Su expansión y comercialización fue inverosímil. Tal era la influencia e imagen del brebaje, que muchas de las gentes que habitaban la isla empleaban el poco parné que tenían en adquirir el costoso artículo, con el único fin de simular un falso estatus para relacionarse con masas de otra forma inaccesibles.

Linda estaba inquieta, y no era para menos. Y es que cada 17 de marzo los Sheehan se engalanaban para celebrar un festejo al que acudían importantes hombres y mujeres de negocios y otras relevantes personalidades del panorama comunitario irlandés. Era el día, volvía a acontecer la referida fecha, y por quincuagésima vez todo debía estar perfecto para amenizar la velada de tan distinguidos invitados. Desde la primera ocasión, esta gala se hacía coincidir con el día de San Patricio, festividad en la que se conmemora el nacimiento del patrón de Irlanda, con lo que el motivo de diversión era doble. Hasta hacía tres años, y por dos ediciones, Anna fue la encargada de la organización del evento, tomando el obligado relevo de la progenitora de Robert y pitaya, ocasionado por su fallecimiento. Pero desde 1948 la situación cambió, siendo la joven adolescente la que cogiera las riendas, cada vez con mayor implicación, de todo el acondicionamiento. Pese a su corta experiencia, Linda mostraba una habilidad innata para gran parte de las tareas que desempeñaba. Quizás las circunstancias de su infancia le habían hecho desarrollarse de manera precoz.

Los preparativos comenzaban varias semanas antes, encargando aquello que se creía necesario para la fiesta óptima. Llegado el esperado día, todo estaba estratégicamente ataviado; el servicio escrupulosamente vestido, el lago y sus alrededores inmejorablemente cuidados y el festín cuidadosamente elegido y preparado.

La participación de Robert en el elaborado y minucioso despliegue siempre había sido muy activa, pero esta ocasión era distinta. Pese a que

intentaba distraerse colaborando con su hermana, no podía evitar dejar volar la imaginación hacia aquella doncella que le visitaba cada noche. Era casi una locura, pero sentía cómo ella, a la que apenas había visto el rostro, acariciaba su alma sin llegar a tocar su piel. Se hacía constantes preguntas, como ¿quién era?, ¿por qué se presentaba en sus sueños de manera recurrente?, ¿volvería a verla de nuevo?. Cuestiones sin respuestas que se colaban por las rendijas más escondidas de su mente. No había existido el intercambio de una sola palabra, ni siquiera el susurro de su aliento, pero la mera presencia de la bella mujer era suficiente para hacer aflorar los sentimientos más íntimos y profundos de Robert. Para cubrir la ausencia de la fémina, empezó a escribir sobre la misma. Eso le hacía apaciguar su ansiedad y sentirse más cerca de su persona, real o ficticia. Estaba despierto, pero no quería dejar de soñar.

-Señor, los primeros invitados llegarán a las 12:00—Anna acudió al dormitorio de Robert para advertirle de la proximidad de la cita.

-Esta bien, Anna. Estaré abajo a la hora prevista.

A las 11:30 Robert estaba listo junto a su padre en el hall para dar la bienvenida a los primeros asistentes. En ese preciso instante, Patrick inició una conversación no esperada por su hijo.

-Hijo, me preocupa el comportamiento de tu hermana. Desde que tu madre no está, su carácter se ha tornado incorregible y el camino que está tomando se aleja inevitablemente de lo que quería y esperaba de ella.

-Con el debido respeto, padre. ¿Cuál es ese camino? ¿Acaso has estado presente los últimos años de nuestras vidas para saber cuáles han sido mis necesidades y, más concretamente, las de Linda?.

-No seas injusto, Robert. Tus palabras me hieren. Sabes perfectamente que mi ocupación tiene como único fin vuestro porvenir.

-¿Nuestro porvenir? ¿crees que tu forma de actuar nos hace algún bien?—El tono de voz de Robert se hizo más elevado.

-¡Basta!—El chillido de Linda desde la parte superior de la escalera principal interrumpió la discusión entre padre e hijo—¿Es que ni en un día como hoy vais a detener vuestras disputas? ¡mamá era la única que cuidaba de mí! ¡nunca se tendría que haber ido! ¡nunca!.

Linda estaba ataviada con uno de los vestidos que su madre dejó. Para ella, su recuerdo aún estaba muy presente y emplear sus objetos era una forma de mantenerla viva. La menor de los Sheehan era más vulnerable de lo que aparentaba, y su fuerte temperamento, en forma de escudo de protección, se antojaba insuficiente para preservarla del mundo exterior.

Justo eso es lo que provocó que, tras escuchar la discusión entre su padre y hermano, rompiera a llorar y corriera a refugiarse en la intimidad de su cuarto. En cierto modo, se sentía culpable de las desavenencias que ocurrían a su alrededor, lo que le hacía adoptar una falsa apariencia de serenidad y madurez que pensaba, evitaría tales problemas y calmaría su responsabilidad.

-¡Linda, por favor, abre la puerta y déjame entrar!—Sonó la voz de Patrick desde el pasillo al que daba la habitación de la pequeña.

-¡No! ¡Déjame! ¡Te odio! ¡Los odio a los dos!.

Esas palabras se clavaban como afilados puñales en el corazón del cabeza de familia. Patrick no era un mal hombre y amaba sin condiciones a sus dos queridos hijos. Pero la muerte de Ciara, su mujer, supuso un duro golpe del que todavía no había sido capaz de recuperarse. La situación le sobrepasó y encontró su refugio en el trabajo, descuidando inconscientemente la necesaria atención de Robert y, especialmente, de Linda.

-Pitaya, no seas terca y abre la puerta. No eras el motivo de nuestra discusión, te lo prometo—Robert, también al otro lado de la puerta, intentaba consolar a su estimada hermana.

De pronto el llanto cesó y cuatro palabras fueron la única respuesta:

-Bajaré en unos minutos.

Patrick y Robert volvieron a descender hasta el hall, donde ya estaba todo el servicio listo. Eran las 12:00 y la llegada de los primeros invitados era inminente.

Tal y como estaba previsto, los visitantes fueron llegando. Dos mayordomos les esperaban en el exterior de la mansión, en la puerta principal, encargándose de los vehículos que les habían transportado durante su viaje. Seguidamente, padre y primogénito les conducían hasta el salón principal, donde una banda de música contratada al efecto, amenizaba la estancia.

La empresa de licores, regentada por Patrick, había alcanzado cotas de éxito insospechadas, exportando gran parte de sus productos a numerosos países del mundo. La familia Sheehan, consecuentemente, mantenía relaciones comerciales con clientes de multitud de localizaciones. Es por ello que no sólo estaban presentes en la celebración gentes de Irlanda, sino también otras de notoria influencia empresarial del globo. Además de todos ellos, concurrían las ya mencionadas familias

irlandesas más relevantes de la isla gaélica.

Robert, como heredero del imperio empresarial que su bisabuelo creó el siglo anterior, estaba, en cierto modo, obligado a mantener convenientes y buenas concomitancias con todos aquellos reputados invitados. Por ello, aunque con cierta desgana, hacía las veces de perfecto anfitrión para satisfacer las expectativas de propios y extraños. Al mozo no le seducía desempeñar ese artificial papel, pero, haciendo de tripas corazón, ofrecía su inmejorable versión y actuaba como los cánones y la tradición dictaban.

Su verdadera pasión se centraba en otras ocupaciones, tareas que le hacían sentir dichoso y libre. La predilecta era aquella nacida fruto de su entusiasmo por la lectura. Siendo todavía un niño, decidió poner en práctica ese arte de contar historias. Optó por empezar a plasmarlas en papel, llegando a contar, más de 12 años después, con multitud de libretas y cartapacios que adornaban las diversas estanterías distribuidas por las paredes de su aposento. Escribía sobre amor, guerra, historia o fantasía, daba igual. Cualquier tema era un estímulo y, de alguna manera, un desafío para satisfacer sus infatigables inquietudes.

No obstante, las cosas venían como venían. Robert no se sentía dueño de su destino, pero, obrando siempre movido por lo que creía el porvenir de su pequeña pitaya, imponía su mejor yo y continuaba por el infeliz camino marcado por su obligación hereditaria.

Así pues, el “desafortunado” hijo y Patrick se mezclaban con los grupos de debate que se distribuían aleatoriamente por la superficie del salón, y participaban en conversaciones marcadas por asuntos económicos y políticos. Todo ello en medio de un ambiente festivo, de celebración y jocoso en el que la cordialidad y, en algún caso, las falsas apariencias reinaban la velada. Se trataba del momento perfecto para estrechar relaciones con destacados y poderosos contertulios y aprovechar la ocasión para crear otras que se entendía, convergerían en provechoso futuro.

Exquisitos manjares eran servidos en bandejas de plata y el alcohol, en forma de vino y licores, en copas de cristal de Bohemia. Por supuesto, los proveedores de tales bebidas espirituales no eran otros que los propios convidantes.

Poco tiempo después de comenzar todo ese espectáculo apareció Linda. Estaba deslumbrante y un silencio atronador llenó la sala a su entrada. Patrick y Robert detuvieron por unos segundos la mirada en ella, dibujando una sonrisa en sus caras, para luego continuar con sus “actuaciones”. Engalanada con el vestido de su madre fue saludando cordialmente a todos los invitados, entre los que se encontraba algún que otro joven apuesto que haría las veces de potencial pretendiente de la

preciosa adolescente. Ese era otro de los motivos por los que Linda tenía un especial entusiasmo tal día.

En medio de toda la parafernalia, Robert, a pesar de intentar proceder lo más diligentemente posible, seguía absorto en sus pensamientos. Pensamientos que tenían como única fijación la mujer de sus sueños. No podía sacar de su mente a la hermosa y misteriosa muchacha. La desesperanza de no saber si habría una siguiente ocasión, de desconocer si podría saber algo más de ella y sus constantes apariciones, le sumía en una espiral que le dejaba sin aliento emocional. No quería que el final encontrara su momento.

Avanzada la ceremonia la bebida hacía sus inevitables efectos y se ocasionaban declaraciones de otra manera imposibles. Formaba parte de la función.

En un momento dado, Robert percibió la punzante mirada de una presencia situada al otro extremo del salón. Se trataba de un invitado en cuya figura, sin alcanzar a saber porqué, no había reparado. Estaba sólo. Le resultaba tremendamente familiar. Sin apartar la vista del mancebo Sheehan, aquel individuo se aproximó a él hasta ubicarse a poco más de medio metro. Entonces, un escalofrío recorrió el cuerpo de Robert. Le reconoció inmediatamente.

-Hola Robert, encantado de verte de nuevo—espetó el enigmático sujeto.

Era el capitán del barco de su último sueño.